

El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno

por Ernesto LADRÓN DE GUEVARA LÓPEZ DE ARBINA
Instituto de E.S. Federico Baraibar de Vitoria

1. Introducción

Leer el pensamiento de Unamuno publicado en su prolífica obra supone un reencuentro con muchos temas y preocupaciones actuales relacionados con la problemática educativa. Podríamos decir sin temor a equivocarnos que el pensamiento unamuniano constituye un método muy adecuado de análisis de la fenomenología educativa actual.

Paradójicamente hay muchos aspectos de la sociedad que han variado muy poco desde los tiempos de Unamuno, transcurrido un siglo de existencia.

En investigación histórico-educativa uno de los procedimientos es el etnográfico. Ello permite comparar y diseccionar líneas de pensamiento y con ese prisma valorar situaciones de plena actualidad. Esa es la pretensión del autor de este artículo, o cuando menos la de poner en el candelero un enfoque —el unamuniano— y trasladarlo a la actualidad.

Desmenuzar el pensamiento de auto-

res como Unamuno sirve para comprender las claves de la filosofía de la educación desde finales del siglo XIX hasta hoy, ayudándonos a desmenuzar mejor los problemas y deficiencias de los fundamentos del sistema educativo tal como está concebido hoy.

El pensamiento unamuniano está repleto de aspectos que permiten reflexionar sobre el problema pedagógico y vislumbrar las preocupaciones actuales en materia educativa. En realidad recogía la idea fichteria de conseguir un hombre nuevo para lograr una nueva sociedad. Para él era más útil cambiar al hombre que cambiar de Gobierno. De ahí el optimismo pedagógico, o más bien la fe en la educación como vía patriótica para la regeneración de España. El creía profundamente en el hombre, en el individuo y rechazaba las simplificaciones por la vía de la frivolidad pedagógica.

Otra de sus referencias fue Rousseau, pues creía más en los sentimientos que en la razón, más en los aspectos emocionales

que en los racionales para lograr un hombre bueno y un humanismo basado en el respeto a la individualidad de la persona. Había algo de mesiánico en su enfoque, por ello mostraba en esa bipolaridad entre fobias y filias, sin términos medios, una actitud sumamente crítica hacia los jesuitas y su perspectiva educativa basada en la emulación y en la disciplina mental pasiva. El manifestaba su clara adhesión a la libertad como vía de lograr espíritus críticos y aprendizajes activos y para alcanzar una motivación e interés activos del educando en su proceso de enriquecimiento. Como Giner de los Ríos consideraba que la libertad permitía la dignificación del hombre. Ahora bien, tal como refleja Ivonne Turín

«La proclamación de la libertad del niño trastorna todas las tradiciones escolares, uniformemente basadas en el principio de autoridad» [1].

Para él la vida es un proceso de perfeccionamiento. Su animadversión se centraba también en otras escuelas de pensamiento pedagógico, como la de Escuela Nueva de Ferrer, al que vituperaba de forma casi visceral, pues consideraba que

«[...] Ferrer era un imbécil y un malvado [...] Sus escuelas, un horror. Pedagógicamente detestable. Su enseñanza, de una vanidad y una mala fe notorias. Sus libros de lectura horripilan por lo estúpido. Y se las cerró, no por ateas, sino por anarquistas» [2].

Unamuno no entendía cómo se podía conspirar contra el Estado desde plantea-

mientos supuestamente educacionales. Por eso mostraba cierta complacencia con el fusilamiento de Ferrer, pues lo consideraba un elemento peligroso para la creación de espíritus cívicos sanos. También se muestra crítico con la otra experiencia referencial de su época: las escuelas del Ave María del Padre Manjón. Unamuno consideraba la infancia como una etapa diferenciada en el proceso de construcción de la persona, y preconizó una pedagogía diferencial en función de la edad. Por eso no entendía el enfoque pedagógico manjoniano que concebía al niño como un opúsculo del hombre en la enseñanza de la geografía y la historia con métodos muy poco intuitivos ni adaptados a las características de la edad infantil, calificando dicho método «equivocado y hasta funesto» tal como expone Buenaventura Delgado en su libro [3].

2. Unamuno y la Institución Libre de Enseñanza

Unamuno estaba convencido de la urgente e inapelable necesidad de instruir al pueblo. Para ello consideraba que los intelectuales debían convertirse en maestros que comunicaran su saber a los ciudadanos. Tenía, por tanto, una extraordinaria fe en la potencialidad de la instrucción y en el desarrollo cultural para el progreso de los pueblos. En este modo de ver las cosas coincidía con el enfoque pedagógico de los prohombres de la Institución Libre de Enseñanza, con los que mantenía unas excelentes relaciones, si bien nunca perteneció a ella por su predisposición a mantener un criterio independiente. Más en concreto, con Giner de los Ríos mantuvo una comunicación fluida y una sintonía que le permitía tener con él abundantes coinci-

dencias, como queda al descubierto en los intercambios epistolares mantenidos entre ambos [4].

Era grande la admiración que tenía al fundador de la Institución Libre de Enseñanza:

«El 18 de este mes hará dos años que se nos fue para siempre de este mundo. ¡Pero no se nos fue del todo, no! Aún nos queda ¡aún nos queda aquí a los que le conocimos, es decir, a los que le quisimos! Y aún le llevamos dentro —y él nos lleva— a aquel gran maestro» [5].

3. La concepción educativa

Unamuno tenía un sentido crítico muy agudo respecto a los enfoques pedagógicos de aquel momento, sobre los cuales, que en muchos caos se repiten, hoy cabría formular parecidos análisis a los por él realizados. Por ejemplo, era sumamente crítico con ciertas modas como la de simplificar y facilitar las cosas indebidamente a los alumnos, en un afán de hacer una enseñanza excesivamente lúdica y hedónica desterrando la pedagogía del esfuerzo y cualquier idea de trabajo personal en la adquisición del aprendizaje. A tal efecto afirmaba que

«Los maestros de los tres grados oficiales de enseñanza, nosotros, los verdaderos causantes de las huelgas escolares, hemos llegado a una pedagogía de adaptación y de menor esfuerzo. Tenemos la inteligencia de los niños y los jóvenes en mantillas y con chichoneras[...] Y el conjunto de prácticas y producciones que se organizan y trans-

miten bajo el nombre de pedagogía, es, en gran parte, producto de esa experiencia del menor esfuerzo y el mínimo entusiasmo. Cuando llegamos a atesorar experiencia pedagógica es la del burro cansino. Hay que ver a qué refinamiento de técnica pedagógica llega un maestro que busca el que la escuela funcione sola, por sí misma, como esa máquina de hilar que se llama sulfatina, del inglés *self-acting*, que obra por sí misma». E insiste que «Huye de las dificultades, huye del verdadero trabajo, huye de la austeridad. Parece que nos asuste enseñar a los niños todo lo duro, todo lo recto que es el trabajo» [6].

Si analizamos nuestra realidad presente podríamos aplicar el mismo juicio. Vemos cómo se ha desterrado de nuestras instituciones educativas la idea del esfuerzo y de la disciplina. Nuestros alumnos, en general, son personas sin la más mínima autodisciplina personal, sin capacidad de resistencia a la frustración, con un déficit importante de hábitos de estudio y sin capacidad de trabajo. Todo ello debido a un afán desmedido de una pedagogía que enfoca la tarea de la enseñanza como un desmenuzamiento de los contenidos y una facilitación en la adquisición del conocimiento excesivos, sin proporcionar a nuestros educandos destrezas personales de aprendizaje ni forjar la voluntad de sacrificio y esfuerzo, de superación, en suma, de dificultades. De ésta manera se forman sujetos no adiestrados para adaptarse a las dificultades de la vida y sin posibilidades reales de luchar por su propia supervivencia en una sociedad sumamente competitiva donde los retos siempre exi-

gen proyectos personales de vida y superación mediante el esfuerzo.

Por ello, Unamuno no creía en la pedagogía como recetas preconcebidas o como cuerpo teórico rígido convertido en paradigmas incuestionables. Creía en la pedagogía como método de análisis o reflexión que tuviera en cada sujeto su centro de atención. Cada persona es un mundo y concebía a cada individuo en su dimensión única e irrepetible. Se rebelaba contra la moda de convertir a los discípulos en conejillos de Indias y de aquellos falsos educadores que concebían la institución educativa como un lugar donde se buscaba el convertir

«en ciudadanos republicanos o monárquicos, comunistas o fajistas, creyentes o incrédulos [...] El niño es del Estado, en los de la Escuela única. ¡Pobre conejillo! ¡Pobre conejillo!, exclamaba Apolodonio en la policlínica del doctor Herrero a donde le llevó su padre a ver los conejillos —cuines— a quienes se hacían experiencias patológicas» [7].

Por tanto, critica despiadadamente el didactismo excesivo y la obsesión de convertir la pedagogía en objeto, puesto que esa rigidez impide una educación profunda así como el afán desmedido a centrarse en el método y no en el contenido de aprendizaje. Por eso insiste con cierta irritación que

«Estoy harto de decir y repetir a los maestros que lo importante no es precisamente cómo enseñar, sino qué es lo que debe enseñarse y qué no. De qué sale el cómo mejor que del cómo el qué» [8].

En este sentido critica la superficialidad con que se abordaban los temas pedagógicos y muestra una despiadada oposición a los tópicos y soluciones establecidos con carácter general, sin adecuarse a las situaciones concretas.

«Y de ahí ha nacido lo de que aprende jugando, que acaba siempre en que juega a aprender, y el maestro mismo que les enseña jugando, juega a enseñar. Y ni él, en rigor, enseña, ni ellos, en rigor, aprenden nada que lo valga. Y luego, no olvide usted que importa más lo que se ha de enseñar y aprender que el modo de enseñarlo y aprenderlo. No hagamos de la ciencia un nuevo medio para aplicar la pedagogía.» [9].

Es tal su aversión al pedagogismo a ultranza que en *Amor y Pedagogía* [10] Federico dice a Apolonio:

«¡Basta! Y no sea niño ni haga el tonto. Su padre le ha echado a perder con la pedagogía [...] Aprenda a vivir, tome tila y reflexione[...]»

Por eso hace una crítica velada a la actividad docente basada en la comodidad y no en el compromiso con el educando, y por ello afirma que:

«Cuando el que aprende siente que quien le enseña lo hace por algo más que por pasar el tiempo, por cobrar su emolumento, o por lo que llamamos cumplir el deber, y no suele pasar de hacer que se hace, entonces es cuando aquél se aficiona a lo que se le enseña» [11].

En *Niebla*, una de sus novelas cumbre,

los coloquiantes son Augusto y Avito, que dialogan así:

«—Sí, Augusto, sí —prosiguió don Avito—; la vida es la única maestra de la vida; no hay pedagogía que valga. Sólo se aprende a vivir viviendo, y cada hombre tiene que recomenzar el aprendizaje de la vida de nuevo...

—¿Y la labor de las generaciones, don Avito, el legado de los siglos? [...]»

—No hay más que dos leyendas: la de las ilusiones y la de los desengaños, y ambas sólo se encuentran donde nos encontramos hace poco; en el templo. De seguro que te llevó allí a una gran ilusión o un gran desengaño.

—Las dos cosas.»

De lo que se evidencia su desprecio a la pedagogía vacía, ausente de la realidad vital y del objeto para la que debe servir, y critica el servicio de la pedagogía a sí misma y no al objeto al que se debe aplicar.

Otra de las cuestiones sobre las que arroja luz es sobre la visión deformada de la especialización docente, de la carencia de formación humanística que parcializa y fragmenta la acción educativa sin concebir al sujeto como un todo integral al que hay que desarrollar como un conjunto. Decía que

«lo que necesita el maestro es menos pedagogía, mucha menos pedagogía, y más filosofía, mucho más humanidades. El maestro de primeras letras no puede ser, como no puede ser el padre, un especialista. Hacer de la pedagogía una especiali-

dad es perderse en la técnica pura, en la técnica hueca y vana. Y el tecnicismo ha sido, como el positivismo, la plaga intelectual de la segunda mitad del pasado siglo XIX. Y la técnica podrá producir Estados fuertes, pero no crea pueblos libres y conscientes de su libertad.» [12].

Posiblemente el análisis de este vasco sabio y universal sería de plena aplicación en este momento que se está debatiendo con intensidad sobre la necesidad de la reforma de las humanidades, en un contexto en el que se prima más el saber científico y técnico que la formación humanística de las personas y su habilitación como ciudadanos autónomos y libres. El análisis que nos hace Unamuno a través de dicho texto nos da reflejo de un cierto hartazgo por la concepción de una pedagogía enfocada como fin en sí misma, y no como método de abordar las cosas, como formación que aborde al sujeto como un todo educable.

La crítica a la pedagogía y a los métodos educativos modernos desprovistos del debido respeto a las necesidades de los niños era despiadada por parte Unamuno.

«Es muy fácil que alguien me lo tome a reaccionarismo, pero no por eso dejaré de decir que nuestra enseñanza primaria no creo que haya progresado. En la escuela de primeras letras a que yo entré hace cuarenta y cuatro años, aprendíamos lo que se nos enseñaba mucho mejor que el promedio de las escuelas primarias de hoy. Los procedimientos eran más clásicamente tradicionales; eran también más severos. No se había desencadenado ese barroquismo literario. Tampoco se nos to-

maba a los niños como ranas o conejillos de Indias para experiencias pedagógicas» [13].

De esa manera nos proyecta un enfoque pragmático y realista del sentido de la educación, desligado de cientificismos pedagógicos que no abordan lo fundamental a fin de que el educando tenga los ingredientes necesarios para su superación personal. Por ello nos dice que

«Si lograran enseñar a leer, escribir y contar bien no habrían hecho poco. Enseñar a leer bien, enterándose uno de lo que lee, es acaso la suprema labor del maestro. El problema en la enseñanza primaria no consiste sino en simplificar, en reducir. Lo difícil no es tanto saber lo que se debe enseñar como saber lo que no debe enseñarse» [14].

En este análisis podríamos encontrar una sana crítica, extrapolándola al momento presente, a la realidad de nuestro sistema educativo, más centrado en el didactismo y en la proliferación de disciplinas y materias curriculares que en asegurar un buen desarrollo de los aprendizajes instrumentales y en el desenvolvimiento de la comprensión verbal como fuente del aprendizaje complejo.

4. El individuo: la persona como objeto de la acción educativa

Unamuno tenía un respeto reverencial a cada persona humana y despreciaba los proyectos educativos al servicio del Estado. Su visión profundamente humanista le llevaba a despreciar lo colectivo si éste conllevaba el desprecio a la prevalencia del hombre.

«No, eso que llaman el sagrado egoísmo colectivo es una de las mayores infamias. Con él se trata de separarnos de la humanidad civil, de la humanidad humana. No, no podemos divorciarnos de pueblos con los que tenemos que convivir y colaborar, y sus problemas son nuestros problemas. Y el supremo problema político es el del Hombre, es el de los Derechos del Hombre. No se puede sacrificar al Hombre ni a un solo hombre, a eso que llaman la salud del pueblo, y que no suele ser salud. Por el principio de «salus populi suprema lex», hicieron los pontífices y fariseos que se crucificara al Cristo, considerándole antipatriota» [15].

Pero esa preocupación por la dimensión individual del hombre, por el valor del hombre por sí mismo no eliminaba la dimensión social, es decir, la percepción de la naturaleza del hombre como miembro activo de la sociedad, de su vertiente cívica, ciudadana, y, en definitiva, de la necesidad de educar al hombre como persona en su vertiente individual y social.

«Porque el hombre es esto: el ciudadano. El hombre es, como dijo Aristóteles, —permítidme que os lo repita una vez más y no será la última—, un animal político, civil.» [16].

Por eso consideraba que

«La escuela del niño es la sociedad toda, y ¡Ay del país en que haya que aislarle de ella para que no se corrompa y haya que guardarle de la calle!» [17].

El enfoque cívico de la educación visto

por Unamuno engarza necesariamente con los ilustrados novocentistas que entendían el fenómeno educativo como una vía imprescindible para formar ciudadanos, para construir sociedad, para superar el Estado del Antiguo Régimen, basado en el poder estamental, por un nuevo Estado de los ciudadanos, de las personas libres, autónomas e iguales ante la ley. Por ello

«y mil veces me he preguntado a tal respecto si aparte de las necesarias disciplinas que hay que transmitirles al rescatarlos para el ciclo social, no sería acaso la mejor educación, sobre todo cívica, que pudiera dárselos la de atisbar esos gérmenes sociales, observarlos y ayudar su desarrollo, empujar el progreso de esa incipiente sociedad sin quebrantarla con instrucciones de soberano [...] ejerciendo una verdadera pedagogía social y convirtiendo el maestro no en una especie de rey absoluto sino en poder director y moderador de la república de los niños[...].» [18].

5. El peso de la educación descansa sobre el profesorado

Tampoco elude el censurar el materialismo pedagógico que rodea la actividad educacional. Por eso considera que

«con ser grande la superstición lingüística en la enseñanza, la materialista es aún mayor. ¡Y todo se vuelve clamar por material! ¡Material, material! ¡Lo que necesita la escuela es material! ¡mucho material! Y yo os digo que un niño criado en el más rico museo del mundo no saldría sabiendo mejor las cosas que otro criado bajo una severa disciplina idealista. Es

más: creo que un museo no sirve las más de las veces sino para atender a los niños. Su imaginación más se deprime que se excita en él» [20].

Unamuno, desde su honradez intelectual, alumbró muchos de los problemas que aquejan a la enseñanza hoy, más centrada en los medios que en los fines. El único objeto que debe centrar su atención es el alumno y su desarrollo y preocuparse en la dimensión humana de la relación maestro-alumno, desde la profunda traslación de los aspectos formales de la educación: la disciplina con afecto, el esfuerzo, los hábitos y la sabiduría contenida en los buenos maestros que saben establecer la escala de prioridades en la fijación de los objetivos.

En esa crítica abarcaba a la formación de los maestros, según él con un academicismo artificioso, sin ajuste a la realidad de las escuelas y a su verdadera función.

«Y menos mal que cuando estos maestros obtengan plaza y, se vayan a una aldea, influidos por el ámbito de realidad áspera y concreta, olvidarán las más de esas cosas que en la Normal les enseñaron y se verán constreñidos a adaptarse a la tradición de la enseñanza rural, que siendo mala, es mucho mejor que estas pedanterías. Es la forma más bárbara y más simple de la vieja concepción atómica» [20].

Es evidente que Unamuno descansaba el peso fundamental de la tarea educativa en los maestros, en unos maestros con una formación amplia, completa, verdaderos motores de un humanismo educativo, ale-

jándose de pedagogismos artificiosos y banales. En eso, aún no estando ligado a la Institución Libre de Enseñanza o a sus entes derivados, compartía plenamente el enfoque pedagógico de Giner de los Ríos.

Para Unamuno el maestro tenía más importancia en su dimensión humana que en la de su conocimiento de las cosas. D. Miguel veía muy importante la relación entre maestro y discípulo, en la comunicación entre ambos y en su ejemplo.

«Por maestro me tengo y en mi enseñanza he prometido poner siempre todo el ahinco y todo el amor de tal; pero en cuanto a lo de sabio, no una, sino mil veces he rechazado semejante calificativo, que creyendo, por lo demás muy honroso, sí que no puede aplicárseme sino por una ingenua benevolencia o por un miserable 'titeo' de raíces emponzoñadas» [21].

Realmente el Unamuno filósofo que ahonda sus raíces del pensamiento en la dimensión espiritual y cultural del hombre concibe la educación como un instrumento de humanización de la sociedad y de dignificación de la existencia humana. Por ello, la ciencia defrauda el espíritu profundamente humanístico de Unamuno, porque reduce las pasiones y sentimientos a productos meramente materiales, y anula los anhelos trascendentes de la persona. Así, estimaba que la ciencia se convierte en otra religión cuando deviene en un mero positivismo. Da a la ciencia el justo valor, desprotegiéndola del ropaje mitológico con la que le vistió el positivismo decimonónico. En este sentido iba a contracorriente de las modas impuestas en el siglo XIX,

superadoras del misticismo y el dogma religioso que impregnaba el saber y la cultura. Unamuno veía los riesgos de traspasar con un único cedazo el sentido de la vida, y de privar al hombre de su vertiente espiritual.

Alejado, pues, del positivismo a ultranza, Unamuno cuestiona los inconvenientes de una educación basada en la simple percepción sensible, en el intuicionismo a ultranza. Y aboga por el pensamiento creador, por la inteligencia abstracta, por forzar al niño a forjar su pensamiento, y no dárselo todo construido sin desarrollar el órgano a través de la necesidad. Es decir: rechaza una educación basada en la ley del mínimo esfuerzo, perfectamente aplicable hoy en que se aplica teorías como el cognitivismo o el constructivismo de forma acrítica y absolutista, de forma que se aleja al alumno de cualquier posición de esfuerzo personal y de reflexión, constituyendo mentes vagas y relajadas que no están habituadas a la deducción y al pensamiento hipotético deductivo, lo que supone en el desarrollo de la personalidad que el sujeto no moldee su vertiente volitiva.

«Eso de querer enseñarle al niño las cosas de bulto y que le entren por los sentidos, además de tener gravísimos inconvenientes conduce a errores de que difícilmente se deshará más tarde. Las ramplonerías de aquel llamado positivismo, que tantos estragos produjo a mediados del siglo anterior, provenían en gran parte de ese error. Al declarar la guerra a la metafísica se declaró la guerra al pensamiento creador y se desconoció que el mundo de los fenómenos es una creación del espíritu.[...] Eso del intuicionismo, mal

entendido y peor aplicado, reposa en una concepción grosera y materialista de la ciencia. Se desconoce lo que es la abstracción. Se llega a creer que la geometría es una ciencia experimental en el mismo sentido en que lo es la fisiología. Y así no es de extrañar, que encontremos catedráticos de geometría que dicen no creer en la inconmensurabilidad porque no pueden representársela groseramente. Es decir que imaginándose que una línea es una serie de puntos a la manera grosera que con lentejas o granos de trigo se puede formar una cadena derecha. no concibe la continuidad» [22].

Y por eso critica con acidez la moda de los años 30 de las lecciones de cosas «¡Y eso que llaman lecciones de cosas y que de ordinario no son más que lecciones de nombres!» [23]. Y sigue con un contundente cuestionamiento al materialismo:

«Porque es curioso ver junto a la superstición que podríamos llamar materialista, la de creer que los conocimientos entran por los sentidos[...] Hay quien parece creer, en efecto, que quien más gatos ha visto conoce mejor al gato, y ese mismo se imagina que para conocerlo bien hay que analizar la palabra gato y hasta investigar su etimología» [24].

6. El neorromanticismo pedagógico prousseuniano y el respeto al niño

El espíritu romántico y de amor a la libertad religiosa y política, y la valentía por oponerse a todo convencionalismo y dogma establecido, hacía de Rousseau una referencia a tener en cuenta para su propio estilo de vida.

«He querido siempre al padre del romanticismo, y le he querido por sus virtudes evidentes[...] he querido siempre a esa pobre alma atormentada, que a pesar de profesar por defensa propia, el optimismo, era el padre del pesimismo» [25].

Ese profundo respeto a los derechos de los niños y el rechazo a cualquier manipulación le llevaba a considerar profundamente nefasta la utilización de la infancia con fines ajenos a su propio desarrollo como personas:

«Y así, evocando mi alma de niño, la de mi único día de la infancia, con mis almas de maestro— no de catedrático—, de padre y de abuelo, veo con espanto el espectáculo inhumano de esos pobres niños —¡niños el día único!— a quienes padres, y lo que es peor, madres, desalmados, les obligan a mantener enhiesto el brazo derecho con el puño cerrado y en proferir estribillos de odio y de muerte y no de amor. O a que oigan acaso eso del «amor libre» que no es tal amor. Delante de unos niños —acaso hijos suyos— decía una de esas desalmadas que mientras supieran ellas, las de su ganadería, quienes eran los padres de sus crías, no habría progreso en España» [26].

Unamuno despreciaba la pedagogía, condicionada excesivamente por su propio medio y que ignorase el fin primordial de la educación fuera el de formar hombres y mujeres. Para Unamuno lo primordial es el hombre, no las contingencias como su nacionalidad, raza u otra condición meramente accidental.

«[...] hombre universal y eterno, hombre no circunscrito a una época ni a unas fronteras determinadas. El fin del hombre es realizarse.» [27].

En este sentido Unamuno concebía la educación como desarrollo de la persona, en las dimensiones que le son propias, desligando en la axiología educativa aspectos ajenos a la persona a fin de evitar que las instituciones educativas se pusieran al servicio de objetivos ajenos al propio interés de los sujetos educandos. Ello no impedía abordar la dimensión social o cívica de la formación de la persona, pues ésta deja de serlo sin esa dimensión altruista.

Este pensamiento, puede ser aplicado a nuestra época, donde la escuela en muchas nacionalidades llamadas históricas se percibe como instrumento de formación del espíritu nacional y como entidades identitarias relacionadas con visiones etnicistas, en vez de lugares donde se forman hombres y mujeres dueños de su propio futuro como personas.

Unamuno era enemigo de todo dogmatismo y sugiere la formación de personas capaces de determinar su propio sistema de creencias, lo cual solamente es posible desde una educación humanista integral, donde la educación religiosa —no confesional— no debía estar relegada, al igual de lo que decían los institucionistas de Giner de los Ríos. Era enemigo de recetas, de formas y moldes pedagógicos. Rechazaba las estructuras pedagógicas que lejos de producir un desenvolvimiento de la actividad creadora e imaginativa del educador le anquilosan y le impiden el despliegue de todo lo que el educador lleva dentro, si es una persona cultivada y humanista.

No estaría de más que los politólogos de la educación tomaran este pensamiento pedagógico como referencia para recuperar al maestro, al buen maestro, que guía a sus alumnos a través de su desenvolvimiento como persona, sin estructuras rígidas que impidan esa relación interpersonal de donde surgen valores y actitudes que son el combustible que necesita el motor de la evolución de la personalidad bien construida, bien equilibrada. Pues, para Unamuno la pedagogía es amor y el amor es la mejor pedagogía.

«Todas las observaciones, principios, recomendaciones sobre pedagogía se apoyan sobre el principio único de la libertad».

Pedagogía y formación del hombre libre son términos interrelacionados. En este enfoque del problema pedagógico Unamuno coincide con Dewey. Por eso Unamuno es partidario de una pedagogía individualizada para el desarrollo personalizado del educando, partiendo de la singularidad de cada persona, de sus límites y posibilidades. En este sentido Unamuno fue un adelantado de la enseñanza personalizada. Para ello Unamuno da una especial importancia a la interacción entre maestro y alumno. De ahí que Don Miguel tuviera una especial fe y valorara como fundamental la figura del maestro, apenándole profundamente la situación de su época en la que la misma estaba minusvalorada, y el magisterio era el refugio de gentes que no podían ser otra cosa.

Pero Unamuno no descuida la concepción

social de la educación y ve en la escuela la vertiente cívica y democratizadora en la relación humana,

«Hay un gran interés de educación social, por lo que todos los niños de un pueblo, desde el hijo del más rico hasta el más pobre, frecuentan la misma escuela. La vida en común y los contextos diarios engendran el verdadero espíritu democrático» [28].

7. La importancia de la educación

La vocación pedagógica le llevó a Unamuno a convertir a España en un aula, y a los españoles que le escuchaban y leían en sus alumnos. El recinto universitario le resultaba estrecho y necesitaba recorrer las universidades y ciudades pregando a voz en grito su verdad, que, a juicio suyo, necesitaba España para su regeneración. Como los krausistas tenía una fe enorme en la capacidad de la educación para la regeneración y la transformación de los pueblos. Por ello, afirmaba que «[...]Es preciso que los intelectuales sean maestros de escuela» [29]. Unamuno era partidario de la Residencia de Estudiantes y de la Extensión universitaria, como instituciones de educación permanente:

«No olvidaré nunca aquellas campañas agrarias que en compañía de algunos que están aquí hicimos por esos campos, algunas veces al pie de encinas, tan sosegados, tranquilos y quietos» [30].

Unamuno veía con especial preocupación la indiferencia de sus coetáneos respecto a la escuela y la percepción tan pobre que tenían sus conciudadanos de la labor del maestro. Los padres concebían la es-

cuela como lugar de aparcamiento de sus hijos, liberándose de ellos.

«Estorba el niño en casa, molesta a los padres... Ea, a la escuela le diré al maestro que te castigue, pillito, pillete. Me es tan molesto esto de castigarles... y luego, que no les enseñe demasiado, no; que no les cargue la cabeza... Tienen que crecer y; para lo que han de aprender [...]» [31].

Al respecto insistía que

«Les desatienden también para holgar a sus anchas en pasatiempos, devaneos y distracciones y entregan a sus hijos en manos mercenarias o los envían a algún encopetado colegio para que no estorben en casa y dejen en paz a sus padres. Fijaros en esto bien ¡que dejen en paz a sus padres! Así los descartan, y al descartarlos, arruinan el hogar, que no es un hogar fuerte si a diario no lo fortifica el aliento de niños» [32].

Le preocupaba enormemente la despreocupación y la indiferencia de la sociedad de aquella época respecto a las posibilidades de la educación. Amargamente Unamuno pregunta:

«¿Estamos acaso nosotros, los españoles, persuadidos, persuadidos de corazón y no solo convencidos intelectualmente, de la importancia de la enseñanza pública? No, no lo estamos..., no creemos en ella. Y esta es la raíz de la prostración que entre nosotros sufre... Es un tópico, un lugar común de nuestra retórica, más o menos regeneradora» [33].

Lamentablemente este juicio es muy ac-

tual. Son generalizadas las quejas del estamento docente respecto al poco interés de muchos padres, que ven la institución educativa más como una guardería o como una excusa para quitarse a los hijos de encima que como un lugar donde se educa. También resulta de una actualidad rabiosa el proteccionismo mal entendido a sus hijos que impide que el profesorado ejerza con exigencia y firmeza sus obligaciones pedagógicas, estableciendo hábitos y mecanismos de esfuerzo personal y de superación en la propia realización. Esta es la principal fuente de autoestimas pobres, de identidades personales endeblas y de una escasa autoafirmación personal que producen personalidades volubles y voluntades sin apenas forjar, con lo que ello implica de falta de preparación para abordar las dificultades de la vida y de adaptarse a las exigencias de la misma. Esto da como resultado una sociedad hedónica a ultranza donde las palabras autodisciplina, autoexigencia y superación personal sueñan a retrógradas y pasadas de moda.

Por ello Unamuno decía, además, que

«a los niños no se debe enseñarles sólo para que sepan ganarse la vida y valerse en ésta con lo que aprenden en la escuela, hay que enseñarles también para adquirir una concepción unitaria y total del universo, para que puedan hacer una filosofía»[34];

en definitiva, para que tengan una concepción global del lugar que ocupan en el mundo y una cosmovisión, cuestión ampliamente ignorada hoy. Para Unamuno la dimensión ontológica del hombre y la necesidad de que éste se plantee su lugar en el

mundo y las razones de su existencia es una parte fundamental de su realidad vital, y la educación ha de coadyuvar a ello. Unamuno superaba la concepción meramente instruccionalista de sus coetáneos para sustituirla por el concepto de educación como desarrollo del conjunto de las potencialidades específicamente humanas, entre otras las trascendentes u ontológicas.

Unamuno fue partidario de que el Estado cumpliera su obligación intrínseca de velar por la educación, y se oponía a la educación eclesiástica.

«El Estado —y éste debe ser el núcleo del liberalismo restaurado— debe ser un órgano de cultura, sobre todo frente a la Iglesia» [35].

Era partidario de una escuela laica, lo cual no significa que fuera partidario de eliminar la formación religiosa, que consideraba fundamental por dos razones: por una parte para dotar al alumno de una visión trascendente de la vida, y por otro para que conociese las raíces culturales de su civilización, de naturaleza judeo-cristiana. Su lema era

«Lengua sí, gramática no, religión sí, catecismo no; [...] creo que el niño debe aprender en la escuela pública aquellos principios religiosos que según los sentimientos de la casi totalidad de sus conciudadanos los de aquellos que se creen más desprendidos de tales principios» [36].

Pensaba que el Estado era necesario en su función educativa, aunque ya intuía los

problemas que tendría la publicación de la educación:

«Se combate mucho al Estado docente: creo que es un mal que sea el Estado docente el que tenga que enseñar, pero, como digo, es un mal necesario. La ciencia oficial podrá ser menguada, pero hoy, mala y todo, es la única que hay y la única que merece el nombre de enseñanza. Lo que dan los particulares, la privada, la de las asociaciones, es infinitamente peor; hacen que enseñan, y no enseñan nada. Claro que la oficial tiene el inconveniente de una cierta irresponsabilidad, de una falta de inspección técnica, cuando lo capital, lo importante en la enseñanza, no es el material, es el personal.» [37].

Sin embargo no cabe duda de la valoración de necesidad que Unamuno hacía respecto a la enseñanza pública, habida cuenta de que el Estado es el único que puede garantizar realmente la universalidad del derecho a la educación que ya concebían en aquel tiempo el propio Unamuno.

Era partidario de que hubiera profesorado de religión provisto por el Estado y asignatura obligatoria para todos los alumnos, fuesen o no creyentes. No para formar cristianos, sino por una finalidad cultural, para que todos los educandos comprendieran los cimientos de su cultura, profundamente enraizada en el cristianismo [38]. Así, respecto a la escuela de Ferrer escribe:

«[...] y si no soy un convencido racionalmente de la existencia de Dios, de una conciencia del Universo y menos de la inmortalidad del alma humana, no puedo

soportar que se quiera hacer dogma docente del ateísmo y del materialismo» [39].

En realidad, Unamuno no creía en la neutralidad educativa. Consideraba necesario formar la vertiente trascendente el hombre. Por ello, afirmaba que «La escuela nacional, popular, laica, no podrá menos de ser religiosa. Eso de la neutralidad es un disparate mayúsculo» [40]. Aunque era sumamente crítico con la Iglesia Católica, por confundirse con el Estado y acomodarse a los oropeles del poder terrenal.

«[...] la Iglesia Católica de España ha vegetado, sometida al Estado y durmiendo bajo su protección, o mejor, dominio. Últimamente el maestro de escuela tenía la obligación de enseñar mejor o peor, el Catecismo, lo que le permitía al cura descuidarse y dedicarse a vigilar si el maestro hacía lo que él abandonaba hacer. De lo que podía contar yo no poco. El cura se preocupaba de ver si el maestro llevaba o no los niños a misa —que no le era obligatorio— pero no el suplir las deficiencias» [41].

8. Aspectos diversos relacionados con la educación, lengua e historia

A pesar del profundo vasquismo de Unamuno, y de los lazos afectivos con sus orígenes, consideraba que el euskera era lengua poco útil para el desarrollo de la cultura y para estrechar la relación entre los ciudadanos.

«Se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción. Muerta por ley de vida. No nos apesa-

dumbra que desaparezca su cuerpo, pues es para que mejor sobreviva su alma [...] enterrémosla santamente, con dignos funerales, embalsamado en la ciencia, leguemos a los estudiosos tan interesante reliquia» [42] «El vascuence desaparece rápidamente y, además, que a nosotros los vascos nos conviene que desaparezca. Para la moderna lucha por la cultura necesitamos una lengua de cultura y el euskera no lo es. Es un instrumento complicado y embarazoso su caudal léxico cuyo uso corriente es, como no puede menos de ser, muy limitado» [43].

Unamuno desea romper los prejuicios provenientes de la ignorancia, los intereses mezquinos casi siempre ligados a la endogamia territorial. Desea la unidad de España sin perjuicio de su pluralidad. Por ello no entiende cómo se empobrece la idea cultural de España mediante una visión tan excluyente como hostil de lo lingüístico, criticando que el fomento de una lengua se convierta en bandera política que atentara contra la unidad nacional.

Pero, además, afirma que

«La Iglesia puede y debe adoctrinar a cada uno en su lengua materna, pues que trata de salvarle el alma y para eso no hace falta cultura; pero el Estado, que es y debe ser ante todo un órgano de cultura, debe imponer la lengua en España; la lengua nacional de España es la lengua española; la única lengua, lengua intrínsecamente española, y, además, lengua internacional, lengua mundial» [44].

La visión universalista y sin prejuicios

de ningún tipo de la cultura tenía bases muy profundas en el enfoque humanista de Unamuno.

En otro orden de cosas hoy es un hecho evidenciado por los informes de la Real Academia española de la Historia que la misma está deformada según los peculiares intereses de los nacionalismos periféricos etnicistas para crear un caldo de cultivo adecuado a las ideas separatistas. Así se denuncia —sobre todo referido al País Vasco y a Cataluña— la pervisión de los libros de texto para adoctrinar, más que para educar sobre la base del conocimiento de la historia como fuente para interpretar los hechos de nuestro presente. A tal efecto Unamuno nos advierte que la enseñanza de la Historia, el aprendizaje o conocimiento de la Historia tiene valor educativo, no instructivo. Dice que para él es particularmente ejemplar que

«[...] según he ido entrando en años, y eso que no soy viejo, he ido poco a poco aficionándome a la Historia, y ahora los libros históricos forman una buena parte de lo que leo[...] Yo he comprendido, por fin, cuán profunda verdad encierra la sentencia, expresada también por Rojas, de que la Historia es educativa, no instructiva. Decir que no pueden extraerse de ella principios permanentes de conducta —escribe Rojas— es sólo decir que la Historia no es la moral» [45].

De ahí que Unamuno hoy preconizaría la enseñanza de la historia como fuente de potenciación de la formación humanística de nuestros alumnos. Plantearía con toda seguridad una historia verídica, bien fun-

damentada en fuentes, no instrumentalizada por intereses políticos. Pues, como a Rojas, parece que le preocupaba la educación cívica más que la instrucción técnica de su pueblo, como vía de formar sociedades más cohesionadas y civilizadas. De ahí que subraye la importancia de la enseñanza adecuada de la historia.

9. Dilema: autonomía universitaria o universidad centralista

Don Miguel no duda en la opción. Se adelanta a los problemas que suscita la autonomía universitaria y vislumbra algunas de las consecuencias de la misma, que la aquejan en parte en el momento actual:

- Nepotismo: al respecto afirma respecto al profesorado: «serían auxiliares, y acaso numerarios luego, los hijos, sobrinos y yernos de los que hoy lo somos» [46].
- Indigenismo. Con muy poca permeabilidad y movilidad del profesorado.
- La intervención de los claustros. «desgraciadamente casi siempre es de resultados funestísimos» [47].

Quizás por semejantes abusos Unamuno se mostró siempre reacio a la autonomía universitaria pues confiaba en el poder regulador del control estatal. Tanto es así que afirmaría que

«se habla de autonomía, y yo todavía no sé qué es. Yo, a la autonomía universitaria y a los patronatos les tengo verdadero temor» [48].

10. A modo de epílogo

La visión pedagógica de Unamuno contenía una actitud regeneradora de la sociedad española. Era evidente la fe que tenía en las posibilidades de la educación, de una educación basada en el hombre, profundamente humanística y el rechazo que profesaba a la superficialidad, pedantería y la escasa operatividad práctica de la pedagogía del momento.

El análisis retrospectivo como método, y más en concreto la recuperación de referentes antropológicos y filosóficos como el pensamiento unamuniano nos ayudan a comprender y a abordar mejor los problemas actuales en la búsqueda de los fines de la educación y en el modelo de sociedad y de hombre que se ha concebir para el siglo XIX.

Dirección del autor: Ernesto Ladrón de Guevara López de Arbina. Instituto de E.S. Federico Baraibar 01071 Vitoria.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 10. VIII. 2001.

Notas

- [1] TURÍN, I. (1967) *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, p. 16. (Madrid, Editorial Aguilar).
- [2] Citado en DELGADO, B. (1973) *Unamuno educador*, p. 109 (Madrid, Editorial Magisterio Español).
- [3] *Ibid.* p.136.
- [4] GÓMEZ MOLLEDA, A. (1977) *Unamuno «agitador de espíritus» y Giner: correspondencia inédita*. (Madrid, Editorial Narcea).
- [5] Citado en DELGADO, B. o.c., p. 84.
- [6] UNAMUNO, M. *Otro arabesco pedagógico* (Artículo publicado en «El Imparcial») en *Obras completas de Miguel de Unamuno*, 1966 (Madrid, Editorial Escélicer) Tomo VII (*Inquietudes y meditaciones*), p. 556.

- [7] UNAMUNO, M. (1997) *Amor y pedagogía*, p. 101 (Madrid, Editorial Alianza).
- [8] Citado en AGUILERA, C. (1965) Pensamiento educacional en Miguel de Unamuno, p. 35, *Revista Calasancia*, n.º 44.
- [9] *Ibid.* p. 551.
- [10] UNAMUNO, M. (1997) o.c., p. 131.
- [11] *Ibid.* p. 552.
- [12] Publicado en *La Nación* el 12 de septiembre de 1915, pp. 1329 y 1330 en *Obras completas*.
- [13] UNAMUNO, M. Publicado en *La Nación* el 12 de septiembre de 1915, en *Conferencias y Discursos*, p. 1329. *Obras Completas* o.c., tomo IX.
- [14] *Ibid.*
- [15] Nacionalismo separatista, en *Ensayos Espirituales*, p. 629. *Obras Completas*, tomo VII.
- [16] Discursos y artículos, en *Discursos y Artículos*, p. 1340. *Obras Completas*, tomo IX.
- [17] Texto publicado en el «Magisterio Salmantino», n.º 22, en agosto de 1903, en *Conferencias y discursos*, p. 91. *Obras Completas*, tomo IX.
- [18] *Ibid.* p. 90.
- [19] *Ibid.* p. 1327.
- [20] *Ibid.* p. 1326.
- [21] Citado en AGUILERA, C. o.c., p. 132.
- [22] *Ibid.* p. 1326.
- [23] *Loc cit.*
- [24] *Loc cit.*
- [25] El Rousseau de Lemaitre, *La Nación* 16 de junio de 1907, p. 839, en *Obras Completas*, tomo IV.
- [26] *El día de la infancia*, 12 de junio de 1936, p. 1154. *Obras completas* de Unamuno, op.cit., Tomo VII (Ensayos Espirituales).
- [27] Prólogo de ROSS MUGICA. L. *Más allá del Atlántico*, p. 236. *Ibid.*
- [28] Citado en RUBIO LATORRE, R. (1974) *Educación y educador en el pensamiento de Unamuno*. p. 29 (Salamanca, Ediciones Instituto Pontificio San Pío X).
- [29] *Discurso de Orense*, junio 1903, p. 527, en *Obras completas*, tomo VII.
- [30] *La enseñanza universitaria*. Ponencia presentada a la II Asamblea universitaria. p. 619, en *Obras completas*, tomo VII.
- [31] *De la enseñanza superior en España* (1899), p. 64, en *Obras completas*, tomo III.
- [32] *Discurso en Orense*, p. 542, en *Obras completas*, tomo VII.
- [33] TURÍN, I. o.c., p. 7.
- [34] La plaga del normalismo, junio de 1915, *La Nación*, p. 502 en *Obras completas*, tomo VIII.
- [35] *Conferencia en la sociedad «El Sitio»*, el 5 de septiembre de 1908, p. 759, en *Obras completas*, tomo VII.
- [36] La honda inquietud única, 2 de marzo de 1914, *La Nación*, p. 832 en *Obras completas*, tomo VIII.
- [37] Conferencia pronunciada en la sesión pública de 3 de enero de 1917, en la Real Academia de jurisprudencia y legislación de Madrid. p. 344. *Ibid.* Tomo IX.
- [38] Lo afirmaba en la conferencia que pronunció el 3 de enero de 1917 en Madrid, p. 930, en *Obras completas*, tomo VII.
- [39] *Confesión de culpa*, pp. 393 y 394, en *Obras completas*, tomo X.
- [40] Publicado en *Nuevo Mundo*, 28 de diciembre de 1917, p. 630, en *Obras completas*, tomo VII.
- [41] *Ibid.* p. 1117.
- [42] Discurso en los juegos florales celebrados en Bilbao el día 26 de agosto de 1901, pp. 298-300, en *Obras completas*, tomo VII.
- [43] Más sobre la lengua vasca, *La Nación*. 26 de octubre de 1907, p. 605, en *Obras completas*, tomo VIII.
- [44] *Loc. cit.*
- [45] *Contra esto*, etc. Educación por la historia, pp. 47 y 48, en *Obras completas*, tomo VII.
- [46] DELGADO, B., o. c., p. 244.
- [47] *Ibid.*
- [48] *Loc. cit.*

Bibliografía

- AGUILERA, C. (1965) Pensamiento educacional en Miguel de Unamuno, *Revista Calasancia*, n.º 44.
- BARERA, A. (1959) *Unamuno* (Buenos Aires, Editorial Sur).
- DELGADO CRIADO, B. (1973) *Unamuno educador* (Madrid, Magisterio Español).
- GÓMEZ MOLLEDA, M.ª D. (1977) *Unamuno «agitador de espíritus» y Giner: correspondencia inédita* (Madrid, Editorial Naicea).
- RUBIO LATORRE, R. (1974) *Educación y educador en el pensamiento de Unamuno* (Salamanca, Ediciones Instituto Pontificio San Pio XI).
- SOPEÑA, I. y DE LAS MERCEDES, M. (1991) *Unamuno y el País Vasco* (Bilbao, Universidad de Deusto).
- TURÍN, I. (1967) *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902* (Madrid, Editorial Aguilar).
- UNAMUNO, M. (1966) *Obras completas* (Madrid, Editorial Escélicer).
- UNAMUNO, M. (1997) *Amor y pedagogía* (Madrid, Editorial Alianza).

Resumen:

El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno

Aspectos fundamentales relacionados con el hecho educativo como la educación religiosa, el papel del Estado en la educación, las lenguas vernáculas –el euskera en el País Vasco–, la formación humanística, la historia como fuente de formación, la formación de los maestros, entre otros, son tratados en la voluminosa y profunda obra de Unamuno. Se evidencia así la gran preocupación de Unamuno por el desarrollo de la persona en su vertiente individual y social, como vía para una regeneración social y como forma de humanización de los ciudadanos y perfeccionamiento de los mecanismos del funcionamiento del cuer-

po social. La inquietud de Unamuno por la educación humanística hizo que éste fuera muy incisivo en sus críticas a los excesos del pedagogismo y del positivismo científico.

Descriptor: Unamuno, Filosofía, Pedagogía, Pensamiento.

Summary:

The educational thought of Miguel de Unamuno

Some fundamental aspects related to the educational fact as the religious education, the role of the State in education, the vernacular languages – the Bask in the Bask country, the humanitarian studies, history as a well of education, the training of the teachers, among other things, are dealt with in the deep and voluminous work of Unamuno. In this way the author underlines the big concern of Unamuno for the development of the person in his individual and social aspect, as a way of social regeneration and as a form of the citizens' humanisation, as well as the improvement in the working mechanisms of the social body. Unamuno's worry about humanistic education made him very critic of the excesses of pedagogism and of scientific positivism.

Key Words: Unamuno, Philosophy, Pedagogy, Educational Thinking